

Dom

19 Jul

Homilía de XVI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2019 - 2020 - (Ciclo A)

“Dejadlos crecer juntos”

Introducción

Avanza el mes de julio. La atención de medio mundo está puesta en la pandemia del coronavirus, que en algunos rincones del planeta está en su punto más álgido, y en otros amenaza con peligrosos rebrotes... Lloramos a quienes se fueron o han sufrido la enfermedad y miramos con miedo esa crisis económica de la que avisan, y que repercutirá directamente en muchos hogares, quizás en los nuestros, y seguro que en los de los más débiles. Como siempre...

La realidad, cuando nos asusta, despierta en nosotros lo peor que guardamos dentro. Es como si necesitáramos encontrar culpables, no solo en la esfera pública sino también en nuestro entorno más cercano. El mal humor o el enfado, en ocasiones empujan a la crispación o al odio, tantas veces alentado desde las sombras más oscuras.

Nos rodea el mal, y hay momentos en que lo percibimos de una forma casi evidente: en el misterio de un virus tan pequeño y cruel, en las relaciones sociales tensas e interesadas, en la desesperanza que nos ciega para mirar al futuro. Convivimos con el mal y no sabemos cómo abordarlo.

Nadie, a lo largo de los siglos, ha logrado una explicación convincente sobre su origen: filósofos, teólogos o las distintas ramas del saber humano lo han intentado. Tampoco el Evangelio da una respuesta sobre su procedencia. Pero sí nos da claves para saber convivir con él. La comunidad de Mateo, cincuenta años después de la Pascua, se sorprendía de que el Reino no triunfase sobre el mal y su poder. El libro de la Sabiduría (medio siglo antes) también se hacía preguntas similares... Jesús tiene una respuesta, para entonces y para ahora: deben convivir juntos. Pues aunque el mal tiene efectos evidentes, el Reino de Dios crece desde lo pequeño y sin hacer ruido: esas semillas no se perderán sino que crecerán a su tiempo.



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 12, 13. 16-19

Fuera de ti no hay otro Dios que cuide de todo, a quien tengas que demostrar que no juzgas injustamente. Porque tu fuerza es el principio de la justicia y tu señorío sobre todo te hace ser indulgente con todos. Despliegas tu fuerza ante el que no cree en tu poder perfecto y confundes la osadía de los que lo conocen. Pero tú, dueño del poder, juzgas con moderación y nos gobiernas con mucha indulgencia, porque haces uso de tu poder cuando quieres. Actuando así, enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano y diste a tus hijos una buena esperanza, pues concedes el arrepentimiento a los pecadores.

Salmo

Salmo 85, 5-6. 9-10. 15-16a R/. Tú, Señor, eres bueno y clemente.

Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. Señor, escucha mi oración, atiende la voz de mi súplica. R/. Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre: «Grande eres tú, y haces maravillas; tú eres el único Dios». R/. Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal, mírame, ten compasión de mí. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 26-27

Hermanos: El Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13, 24-30

En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente diciendo: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”. Él les dijo: “Un

enemigo lo ha hecho". Los criados le preguntan: "¿Quieres que vayamos a arrancarla?". Pero él les respondió: "No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero"».

Pautas para la homilía

“Tu poder te hace ser bueno con todos” (Sab 12,16)

“¿Dónde está Dios cuando sufrimos”? es la pregunta que golpea a aquellos que buscan justificar su (falta de) fe. Como si un Dios omnipotente tuviese la soberana capacidad de acabar directamente con todo tipo de mal o sufrimiento... “O Dios no existe, o si existe no es omnipotente”. Los seres humanos hemos mantenido a lo largo de los siglos relaciones muy especiales con el poder, y casi siempre lo hemos puesto al servicio de intereses personales o siniestros. Ser poderoso es tener una carta escondida debajo de la manga... ¿Es eso ser grande, ser poderoso? Sabemos de algunas repercusiones que esta “omnipotencia” ha generado en la Historia. Hay un poder que nos cuesta aprender de Dios: su bondad. Su capacidad de amar “hasta el extremo”, de servir, entregarse, confiar, hacer el bien... No hay poder más potente que éste, que lo abaja y lo arrodilla. Desde aquella omnipotencia, el mal es un instrumento entre otros tantos; en este poderío de la bondad, el mal se acorrala y se limita. ¿Qué buscamos? ¿Qué nos mueve internamente? ¿Un mundo de poderosos o un mundo de buenos? ¿Cuál de esas dos fuerzas hará regenerar a este mundo que habitamos, quitando al mal su aguijón? ¿El poder o la bondad?

“Enseñas que el justo debe ser humano” (Sab 12,19)

Si nuestro Dios se relaciona con el mal desde la bondad que traen el servicio, la entrega y el compromiso con las causas nobles, entonces nos invita a nosotros a movernos de otra manera diferente. La meta de las personas no es el poder, sino vivir en plenitud lo humano. Siempre es urgente generar nuevos estilos, nuevos modos de vivir reconciliados: con nosotros mismos y con los demás, reconociendo la dignidad propia y la del prójimo; descubriendo el valor infinito que se esconde en cada criatura, en sus posibilidades y su grandeza... Ser humano no es ponerse máscaras o corazas que separen, sino vivir a pecho descubierto, desde el valor de los gestos pequeños, disfrutando del encuentro con el otro y reconociéndolo como hermano. Mi manera de vivir el encuentro con Dios ¿me acerca a los demás, o me encierra en mi “torre de marfil”? ¿Vivo una fe que me humaniza? ¿En qué gestos concretos se traduce?

“Infundes esperanza, porque dejas arrepentirse a los pecadores” (Sab 12,19)

Tenemos un Dios que usa su fuerza al servicio de la misericordia. Las personas hemos inventado la venganza y la justificamos como forma de ejercer la justicia. Quien espera a un dios castigador está volcando en él su deseo de violencia. Dios no entra a ese juego. Del mismo modo que su poder es el servicio y la bondad, su justicia es el perdón, que -ciertamente- requiere de tiempos y de procesos, pero que es la meta de su relación con “los malos”. El mal no se para con venganza, sino con misericordia; no desde fuera como una orden, sino desde dentro como una convicción profunda. No de forma inmediata, sino dentro de los procesos inevitables de lo humano. ¡Ésta es fuente de esperanza! Confiar en la rehabilitación más que en el castigo. ¿Qué puede más en mí? ¿La venganza/violencia o la necesidad de ser y vivir la misericordia? ¿Lo inmediato o el proceso del arrepentimiento?

“Dejadlos crecer juntos” (Mt 13,30)

Es de una viveza exquisita la forma en que se mueven los protagonistas de la parábola: el dueño de la finca, que siembra buena semilla de acuerdo a un estupendo proyecto; un misterioso enemigo que trabaja en los descuidos y en la noche, y cuyo rostro no podemos ver; y unos labradores enamorados del campo y de la vida, que se sienten impotentes ante el avance de la cizaña. Ellos, en quienes nos vemos reflejados, proponen una solución errónea y desproporcionada para acabar con el mal: arrancarlo de raíz, sin ser conscientes que de esa manera iban a morir muchas espigas de buen trigo, poniendo en peligro toda la cosecha. Es, como muchas veces queremos extirparlo, “matando moscas a cañonazos”. Además, ¿quién distingue perfectamente -al ser casi iguales- el trigo de la cizaña?

El mal, que germina en todos los campos de lo humano, florece ocultando los grandes logros de la persona y de su Historia. Hace mucho ruido, crece en la noche, se da cuenta de su avance en todas las noticias y corrillos... Pero no se hace dueño del campo. La vida está por encima de todo mal, no se rinde y sigue ofreciendo a diario sus frutos. ¿Por qué no habría de vencer el trigo? ¿Y si sus raíces fueran capaces de convertir las de la cizaña?

La solución de Dios, el dueño del campo de la parábola, está en controlar los tiempos, creyendo en la fuerza del bien; su poder no es omnipotencia, sino confianza en los efectos que sus ritmos producen en las personas. Cuando el remedio es peor que el mal que intenta combatir, se impone mirar con confianza evangélica la realidad, respetando los procesos de lo humano, los ritmos lentos con los que Dios escribe en las personas, los momentos únicos en los que cada uno, cada una, aprendemos y cambiamos... ¿Me hago consciente de esos procesos en mi vida y en los demás? ¿Soy de los que cuentan las historias desde los malos o desde los tiempos que el bien necesita para hacerse fuerte?

El valor de lo pequeño: la semilla de mostaza y la levadura

El texto concluye con estas dos pequeñas parábolas que afianzan el valor de las cosas pequeñas. La comparación sorprende por el desfase entre el pequeño comienzo (la pizca de levadura y la diminuta semilla) y el gigantesco resultado final. ¿Qué pasa en el medio? Ahí hay procesos: los efectos de la vida, la paciencia, la dinámica propia del crecimiento. Cuando cogemos el bisturí e ignoramos los procesos, entonces nada funciona, nada tiene sentido. Si los respetamos desde la confianza, entonces veremos sus frutos.

La mostaza y la levadura son una llamada a la esperanza, a confiar en la fuerza pequeña y oculta que enreda y mueve lo humano y todos sus ritmos. El Reino de Dios, dice Mateo a sus oyentes de entonces y de ahora, trabaja en lo escondido, y tiene una fuerza invisible que no podemos imaginar. Capaz de vencer al mal y todas sus obras. Basta mirar con esperanza... También en estos tiempos de virus, crisis y mal humor... ¿Seremos capaces de confiar en que Dios conduce la Historia y sigue construyendo Reino? ¿Nos pondremos de su parte o seremos de los que bloquean su proyecto?



Evangelio para niños

XVI Domingo del tiempo ordinario - 19 de julio de 2020



Parábola de la cizaña

Mateo 13, 24-43

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola a la gente: - El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga, apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: - Señor, ¿no sembraste buena semilla en el campo? ¿De dónde sale la cizana?. El les dijo: - Un enemigo lo ha hecho. Los criados le preguntaron: - ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Pero él les respondió: - No, que podríais arrancar también el trigo. Dejados crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.....

Explicación

Otro día Jesús explicaba: EL mundo es como un campo en el que Yo siembro la buena semilla, que sois vosotros los que me seguís; y el diablo siembra la mala, que son los que no creen en mí. Pero cuando llegue la hora de la cosecha, se separará la buena semilla, que iréis al lado de Dios, de la mala, que irán al lado del diablo.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DÉCIMOSEXTO DOMINGO: TIEMPO ORDINARIO -"A" (Mt.13, 24-43)

NARRADOR: En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente:

JESÚS: El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, su enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo:

CRIADO 1: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?

NARRADOR: Jesús les dijo:

JESÚS: "Un enemigo lo ha hecho."

NARRADOR: Los criados le preguntaron

CRIADO 2: ¿Quieres que vayamos a recogerla?

NARRADOR: Pero él respondió:

JESÚS: No, que, al arrancar la cizaña, podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y, cuando llegue la siega, diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.

NARRADOR: Luego dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle:

DISCÍPULO1: Maestro, explícanos la parábola de la cizaña en el campo.

NARRADOR: Él contestó:

JESÚS: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles.

DISCÍPULO2: Y esto ¿cuándo va a suceder?

JESÚS: Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será al fin del tiempo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández